

“Nada mas justamente tachado; y este rumor me penetra de miedo.

“Mirad el cielo del Dante....

“Una luz, si, una bella intensidad de luz.... Hay éxtasis en el aire que se respira.... ¡Pero círculos, siempre círculos!..... Un torneo para llenar los cielos, lanzado por el que arroja los mundos en el éter....

“No soñeis otra felicidad; cantar tres palabras que los siglos repiten á los siglos: resplandecer, andar dando vueltas, perdido en la embriaguez de las claridades y del torbellino, he aquí vuestros goces.

En la esfera superior, las almas inmóviles, colocadas, iba á decir fastidiadas, en las gradas del anfiteatro, están anegadas en la luz, en el centro, Dios; tres círculos de dimensiones iguales; el Padre, el Hijo, y el Espíritu-Santo.

“¿Qué experimentais? yo siento miedo.

“Perderse en el Océano de la vida, ó aniquilarse, es para mí una cosa igual. Absorberse en la unidad ó desvanecer hasta el aniquilamiento, para mí es lo mismo.

“¡Queda reunido el conjunto de mis facultades en una sola! la adoracion idéntica en todos, en tan contrario á lo que he conocido, tan contrario á lo que Dios me inspira, que mi sér todo se halla trastornado, entristecido; yo sufro no obstante en este Cielo.”

Después de haber exhalado estas quejas contra el

paraíso imaginado por los hombres, el sábio, el poeta, el creyente se despierta y esclama:

“Bendito seas mi Dios. El ha comprendido el Espíritu de otra manera. ¿Su paraíso? yo conozco sus límites, y de estos límites emergen tan ardientes claridades que mi corazón arde en mí. Su paraíso, yo me he vuelto á encontrar en él, perfeccionado, santificado, con mi alma, con mis afecciones, con mis recuerdos. Su paraíso, ¡oh! ¡cuán simple y espléndido á la vez que grande y próximo á mí! La vida en lo definitivo, la individualidad en la armonía! Este es mi país, esta no es una tierra extranjera, esta es la casa de mi padre, este no es el templo de una divinidad indiferente. No veo vagar ahí fantasmas mas uniformes, ahí encuentro á mis hermanos muy queridos. ¡Ah! he aquí la felicidad que me era necesaria. Quiero emigrar á esta comarca; percibirla de lejos me dá valor, allá yo descansaré como se reposa en la casa del padre, guardándola; ir á vuestro cielo me dá calor, y ver ir á mis allegados me aniquila de tristeza, esto no es una felicidad ni para ellos ni para mí, y no llego á consolarme.—La superstición, huésped de las almas crédulas como de los espíritus timoratos, cria también su paraíso, y transporta á él espontáneamente las pasiones de la Tierra. El Cielo legendario tiene sus lados burlescos, hay sus profundidades espantosas, hay alegrías de un resplandor pálido..... Imaginaciones desconsoladoras, afligidas, no, vosotros no sois el cielo de mi Dios....—¿Qué son

los desgarramientos de la separacion, á precio de las alegrías mentirosas de su paraiso? vale mas sentir siempre, que ser consolado así.—La amargura de las lágrimas, cuando es un rescate lo que se llora, vedlo ahí casi todo; perdido para mí, aunque lo fuese en la calma de los cielos, lloraria. Si quereis consolar á mi alma, decidme que vive, que está bien, que le volveré á ver; que le amaré con un amor enteramente sumiso á Dios, sacando de él todas mis llamas [ninguna otra cosa podria satisfacerme], decidme que mi individualidad no perece, ni mi memoria, decidme que la muerte es la vida, que no es la catalepcia, que no es el aniquilamiento, entónces mi frente se levantará á los cielos; entónces mis coyunturas se afirmaran, y entónces proseguiré mi peregrinacion. Pero aniquilado, reducido al estado de cero flamígero, si me decis esto, quedo destruido.”

En pié, hermano querido, démonos la mano, es hácia el Cielo á donde marchamos. Quitadme la eternidad de las afecciones, dadme hijos, una mujer, un padre á quien amar con la condicion de que esto es por determinado tiempo; probadme que el féretro se cierra sobre nuestras ternuras, como se cierra sobre nuestros cuerpos, con la diferencia de que la Tierra no me volverá el cuerpo ni las ternuras, yo os declaro que los amaré como egoista, como materialista y nada mas. Si, hay familias allá arriba unidas por un lazo indisoluble, amándose con un amor tan sólido como no se conoce en la tierra.”

A continuacion de estas páginas, se nos permitirá citar un bello libro, *El Infierno*, por M. Callet:

“No es cierto, por mas que se diga, la eternidad que espanta: es absolutamente imposible al hombre formarse una idea clara de ella. No hay mas que retroceder un poco ante ella los límites del tiempo, para que la imaginacion y la razon se pierdan allí, y que se sienta uno presa de las mismas angustias que si viviese la eternidad verdadera. La suma de terror de que un hombre es capaz, no podria sobrepasar la suma muy limitada de sus facultades intelectuales y de su sensibilidad. ¿Por qué ir mas léjos? ¿No es bastante anunciar á los malos, castigos proporcionados á sus faltas y de una duracion desconocida ó incalculable aquí abajo? Lo que la eternidad encierra es mas ininteligible. Mas allá de estos límites, la amenaza viene á ser impotente; el alma está harta de justicia, harta de terror, agotada de sufrimientos; se abate, cae, se aniquila, adora, pide gracia; es incapaz de comprender otra cosa que la piedad; es sorda, insensible á todo lo demas. El perdon es para nosotros el fin de la justicia, y si en estas últimas alturas adonde la imaginacion puede alcanzar y donde el pecado se arrastra gimiendo, si en lugar del perdon, nos mostrais el odio arrojando fuego, esto es hecho, el espanto llega á su colmo, no puede crecer mas: pero la razon se turba, toda idea de justicia, toda idea de bondad se desvanece, se ha caido creyente, se vuelve á levantar uno ateo: si este infierno

existe, nada se comprende del otro mundo mas que las blasfemias de los condenados.

Mas si existe este infierno, ¿para qué es el purgatorio? ¿Este es el que los protestantes sagazmente no han querido abolir? para que se pueda creer en el infierno, ¿qué son cien años, mil, mil siglos de purgatorio? Este acaba y el infierno jamas. No se cuentan, pues, los siglos ni los millares de siglos de penitencia, se les olvida. A la vista de este infierno siniestro, en que la misericordia es desconocida, el sufrimiento inútil, la justicia un enigma, el purgatorio viene á ser casi un paraíso, adonde se querría estar seguro de ir; á los castigos que allí se sufren, por largos que sean, por rigurosos que puedan ser, no se les teme, se les codicia. De suerte que el castigo mas terrible que se puede concebir queda sin efecto para las almas pervertidas, por la imágen de un castigo sin razon ni justicia aparentes. Estas pobres almas azoradas, aturdidas, estupefactas, son arrastradas á ofender á Dios, sin quererlo, de dos maneras: primeramente temiendo su venganza y en segundo lugar, no temiendo su justicia. La idea de los castigos ineficaces y de los dolores sin fruto, por odiosa, por monstruosa, por falsa que sea, juzgándola humanamente, hace inútil la idea de los poderosos castigos y de los saludables dolores, por bella, clara, natural y divina que pueda ser,

“Dios es justicia y misericordia junta é individualmente. Hay siempre un fondo de misericordia en los actos de su justicia, y un fondo de justicia en los actos en que no aparece mas que su misericordia.

“No puede decirse sin ofenderlo, que sea respecto de uno misericordioso sin justicia, y justo sin misericordia respecto de otros. Esto no es cierto ni en el tiempo ni fuera del tiempo. Dios es justo para con los elegidos, cuando los corona, porque si su felicidad fuese gratuita y el efecto de una complacencia particular, un favor, no una recompensa, el castigo de los pecadores seria infuero. Hay, pues, en la gloria de los bienaventurados, tanto de justicia como de misericordia.

“Pero si Dios es justo en el otro mundo para con los elegidos, ¿por qué no lo seria acordando en el otro mundo su misericordia á los pecadores?

“Vos me mostrais su misericordia en el cielo; yo apenas percibe aun su justicia.

“Me mostrais su justicia en el infierno, yo ahí busco su misericordia; estará ahí, ya está.

“¿Qué otra reprobacion de vuestro infierno, que la necesidad lógica é invencible en que se está allí de ofender á Dios y de maldecirle! ¿esto es imposible! ¿Es que Dios quiere que se le ultraje por la eternidad? ¿No quiere al contrario, ser adorado y bendecido de todas las criaturas? Los santos lo adoran en su alegría, y los muertos lo adoran en su castigo y en su sufrimiento, porque saben que este terminará.

“Tomo por testigo de esto al Evangelio, todo impregnado de las llamas del amor divino, del amor del prójimo, y del tibio rocío del misericordioso perdon.”

No tenemos, piénsese bien, la intencion de agotar la

lista de los escritores modernos que niegan ó participan de nuestras creencias, No podriamos ni aun nombrarlos á todos aquí, pero se nos permitirá citar de preferencia á aquellos de quienes el público acoje con mayor voluntad los trabajos y consagra hasta cierto punto las doctrinas. Así M. Alfonso Esquiros, en su trabajo que tiene por título: *La vida futura bajo el punto de vista socialista*, impreso en seguida de las *Confesiones de un cura de aldea*, ha escrito bellos pasajes muy largos para reproducirse, sobre el cuerpo aormal y sobre el cuerpo virtual del alma. Reasumiremos solamente lo que dice tocante á las condiciones de la inmortalidad, y se verá que él tambien adopta la pluralidad de de existencias.

“A los ojos de los judíos, dice, los hombres se dividian efectivamente en circuncisos é incircuncisos. Los unos gozaban de todos los favores del verdadero Dios; los otros estaban excluidos, ellos desde su nacimiento. La Iglesia no tardó en reemplazar este privilegio, con otro no ménos imaginario, quiero hablar de la idea que los doctores tienen de la predestinacion. Segun esta doctrina, que ha abierto el camino á todas las aristocracias, unos nacen asegurados contra la condenacion eterna, y otros van á ella, al contrario, prometidos desde el vientre de su madre. Los impenetrables desig-nios de Dios han fijado, ántes del nacimiento, la suerte de estas dos clases de hombres, los elegidos y los réprobos.

“Esta mira teológica sobre la division de las penas y las recompensas eternas no podria satisfacernos. Cada uno de nosotros es el autor, y por decirlo así, el obrero de sus destinos futuros. Todo vicio, toda degradacion es un sufrimiento. El mal no es en efecto, mas que una privacion, y ésta aumenta á medida que la soberana belleza y el soberano bien se alejan de la inteligencia y del corazon. No hay, pues, necesidad de ocurrir á una intervencion directa y maravillosa de la divinidad para separar la suerte de los justos de la de los malos. Una ley de gravitacion natural, determina el movimiento del alma hácia las recompensas ó los castigos en este mundo como en el otro. Una especie de necesidad encadena al hombre á sus obras; hay en las ya realizadas, buenas ó malas, algo de impercedero, que se incorpora á la vida futura. Hé aquí en qué sentido cada uno de nosotros prepara ó impide el reino de Dios.

“Hay almas que salen del cuerpo mortal sin haberse conocido jamas, otras que se han negado entre ellas mismas compasion, otras que han contraido en el comercio con la materia una especie de entorpecimiento; estas no podrian participar de la resurreccion en una medida igual con las almas de los creyentes y de los filósofos. La vida futura no será bajo este respecto, mas que una continuacion de desigualdades eternas, cuyo organismo mas ó menos perfecto marcará siempre el límite.

“El infierno y el paraiso se vuelven á encontrar en las variaciones, en las creencias religiosas de todos los

pueblos que habitan el mundo. Cada raza ha impreso su imaginación sobre el simbolismo de nuestros destinos futuros. Aparte de las invenciones, lo maravilloso de las figuras y de los sueños, de la mitología del porvenir, la idea de un estado dichoso ó desgraciado sucediendo á la vida presente y continuando, bajo la forma de pena ó de recompensa, la condicion de la existencia actual, es una idea irrecusable. Los caracteres de nuestras acciones llevan en sí mismos sus consecuencias para el presente y el porvenir. Existen, pues, un infierno y un paraíso filosóficos. Entendemos por esto un sistema natural que liga estrechamente los efectos á las causas desde y de aquel lado del tiempo. La ignorancia, la inquietud, los remordimientos, los sufrimientos físicos é intelectuales son el resultado inevitable del mal, como la luz, la paz interior, la satisfacción del corazón, el bienestar, son los frutos del bien. Cualquiera que se encierra en su egoísmo, limita para esta existencia y para las otras los términos de su naturaleza moral, y reúne en su derredor tinieblas que lo seguirán dolorosamente en sus destinos ulteriores. Morir es un acto grave. El carácter de las enfermedades que preceden á esta terminación fatal es el de renovar la inteligencia. ¿Quién de nosotros no se acuerda de haber revestido, en uno de esos desfallecimientos de la naturaleza una lucidez de espíritu particular á los enfermos y que se oscurece poco á poco con la convalecencia?

“El hombre que muere herido en una circunstancia heroica, suplió á esta preparacion lenta del último suspiro, empujando, me atrevo á decir así, su alma hácia la

inmortalidad, por la exaltacion fecunda de sus generosos sentimientos y por el desprendimiento de la vida.

“La expiacion bajo diversas formas que varian de comarcas en comarcas, tal es el dogma inalterable sobre que las creencias han establecido la idea de los castigos y de las pruebas despues de la muerte. El dolor absorbe el mal. De ahí en todas los pueblos antiguos y modernos, la idea mas ó ménos neta de una redencion. Los séres se rescatan por sí mismos de sus faltas, ó son rescatados de ellas con la ayuda del sacrificio. Lo que hay de cierto en los misterios del infierno y el purgatorio es el cumplimiento de esta ley natural, la purificacion por el sufrimiento. La muerte es una de estas pruebas por las cuales el sér se regenera saliendo de la vida; esta es la contrapartida del nacimiento, cuando ella tambien hace sentir al niño, en el seno de la madre, todos los tormentos y las angustias de una iniciacion dolorosa. Nosotros hacemos, murieado, el nacimiento de la vida futura.

“Hay una pregunta que hacer, y es, si los talentos, las buenas ó malas inclinaciones que el hombre trae al nacer, no serán la consecuencia de las luces adquiridas, de las cualidades y de los vicios recogidos en una ó muchas existencias precedentes. ¿Hay una vida anterior cuyos elementos han preparado las condiciones de la vida que tiene lugar en estos momentos en cada uno de nosotros? Los antiguos lo creian así. Las disposiciones innatas tan diferentes en los niños, los han hecho considerar como las huellas dejadas por las existencias anteriores en el gérmen imperecedero del

hombre. Desde los primeros días en que la inteligencia de los niños comienza á aparecer, se dibuja en ellos, en efecto, en rasgos confusos, un sentimiento general de las cosas, que parece una reminiscencia. Según este sistema, ninguno puede ser extraño á los elementos que trae al venir á este mundo.

“Ocupémonos ahora de los que, habiendo cumplido en una ó en varias existencias un primer orden de pruebas, se encuentran llamados á una vida diferente á la nuestra. ¿Cuál es el teatro de esta vida desconocida, que supone una nueva combinacion de la materia y del Espíritu?”

“Es una idea muy antigua, cuyo origen se encuentra en las tradiciones de los Celtas, nuestros antepasados, que los muertos, libres de sus cubiertas groseras, continúan habitando las regiones elevadas de nuestro globo, que asisten bajo una forma invisible á nuestras pruebas, que ayudan aun con su concurso y con su influencia oculta los progresos del género humano. Permanecerán envueltos así en la vida general del globo hasta la última consumacion, es decir, hasta el acontecimiento predicho que debe cambiar las condiciones de nuestro planeta y transformar toda la naturaleza. Su presencia en medio de nosotros se parece á la de los dioses homéricos; mezclados á nuestras revoluciones, gozan de los acontecimientos y de los resultados que han preparado. La parte de accion que toman en el movimiento de la historia, no es quizá mas mediocre. Si la diferencia de los organismos pone entre ellos y nuestros sentidos una distancia material, no impide la comunicacion de las almas.

“Esta presencia de los muertos, su influencia en los destinos de nuestro globo, al cual permanecen unidos por indisolubles lazos, todo establece entre ellos y nosotros una intimidad de relaciones. Todos los pueblos de la Tierra han creído en el poder que ejercen los muertos sobre los vivos. Desterrada de la fria razon, esta idea se refugia en el sentimiento del instinto, en las costumbres populares.

“Lo que ha distinguido á las religiones antiguas, es la idea del progreso; de aquí, en los pueblos de la India, la creencia de la metempsicosis ciega; de aquí, en los cristianos de occidente, el sentimiento de la inmovilidad en la felicidad. Existen, según nosotros, círculos de pruebas de que saldrán las almas sucesivamente por la muerte, y que constituyen los grados de una perfeccion siempre nueva. El progreso está en todas partes, el término en ninguna. Está en la naturaleza de ciertas almas aspirar al reposo absoluto. Fatigadas del mundo que las rechaza y las asesina en su sensibilidad delicada, los místicos tienen una tendencia á sepultar toda la naturaleza en Dios.

“La razon no puede admitir esta bienaventuranza destructora, esta desaparicion de los seres creados, en el seno del Creador, esta *Nirvana* que es, según las ideas indianas, el término de la felicidad.”

Los pensamientos de M. Alfonso Esquiros son, como se ve, interesantes y notables, y merecen con este título ser traídos aquí.

Un filósofo mas autorizado, M. Patricio Larroque, debe tambien proporcionarnos el resultado de sus concienzudas y libres meditaciones. En otro escrito, hemos rechazado enérgicamente sus conclusiones racionalistas; le hemos reprochado haber negado la educacion de la humanidad terrestre por Dios, por medio de una revelacion progresiva y cierta <sup>1</sup> como haber puesto en duda el movimiento providencial de la historia que ha consistido en prepararlo todo en vista de la venida del Mesías, y despues de esta venida, en fijar las miradas de los pensadores y de los hombres mas avanzados hácia el reinado futuro y el advenimiento del Espíritu. Pero hechas estas reservas y persistiendo en ellas, no tenemos mas que elogios que tributar à lo que se va à leer contra el dogma de la eternidad de las penas.

"Esta proposicion: Dios puede justamente castigar el pecado en tanto que no ha sido expiado, es incontestable. Pero, al favor de este principio, se ensaya hacer pasar, como si se pudiera inferir, otra proposicion que contiene la idea mas falsa, à saber: que el pecado mortal permanece inexpiado durante toda la eternidad. La razon que para esto se da, es que el pecado extingue para siempre la caridad, sin la cual la justicia de Dios no puede doblegarse. Se supone desde luego que el alma humana puede ser reducida à un estado en el cual le sea imposible amar à Dios. Pero esta suposicion no es sostenible. Que el hombre aleje su pensamiento de

<sup>2</sup> En el *Precursor Religioso*, p. 155 y sig., y en *San Juan Bautista*.

Dios en tanto que dure el extravío de la pasion, esto se ve y se concibe; ¡pero que el hombre que ha aplicado actualmente su pensamiento à la idea de Dios, esto es, à la idea del sér infinitamente bueno, pueda no amar-lo! ¡qué el hombre que ha pecado, y por que ha pecado, no pueda cuando el vértigo de la pasion ha cesado, cuando siente el punzante aguijon de la pena que ha merecido su falta, cuando por lo mismo su inteligencia está mas vivamente que jamas vuelta à Dios, mas claramente iluminada de la idea del bien, que él no pueda amar à Dios, y que no lo pueda aun durante una eternidad de sufrimientos! Esto no solamente no se comprende si no que es monstruoso. ¿Qué idea os formais de la justicia Divina? Ella no podria doblarse, decis. ¿Quién os habla de doblarla? Esta es una expresion que no pertenece sino à vuestro lenguaje. Para nosotros, la justicia divina debe ser necesaria y perfectamente satisfecha, que lo quiéramos ó no, que lo pidamos ó no. Pero, ¿de que ella deba ser necesaria y perfectamente satisfecha se infiere que no lo será jamas? Lo contrario es evidente. Por que ella exige que el pecado sea expiado, ¿de ello se sigue que jamas cesa la expiacion del pecador, que no deja de verlo durante toda una eternidad, de batirse en vano en los tormentos y el sufrimiento; en una palabra, que no puede jamas quedar satisfecha?

"Se acaba de oír à la teología preparando, en los seminarios, à sus jóvenes levitas à ejercer el ministerio sagrado en medio de un siglo que no conocen y en el que marchan à tientas. Vedla ahora ensayando pre-

sentarse bajo formas ménos secas y acomodarse al gusto mas delicado de las gentes del mundo. Con una poca de atencion, fácil será reconocer que siempre es la misma teología; porque el lino y la seda que la cubren muellemente, disfrazan mal su andadura propia y sus angulosos movimientos.

“En la grande pena del pecado, dice Bossuet, la sola que le es proporcionada, es la muerte eterna, y esta pena del pecado está contenida en el pecado mismo. Porque el pecado, no siendo otra cosa mas que la separacion voluntaria del hombre, que se retira de Dios, se sigue que Dios se retira tambien del hombre, y se retira para siempre. El hombre no teniendo nada, por lo cual pueda por sí mismo redimirse por este sologolpe que se da el pecador, permanece eternamente separado de Dios, y Dios forzado por consiguiente á retirarse de él hasta que por una vuelta de su pura misericordia le plazca condolerse de su infiel criatura. Lo que no sucediendo sino por una pura bondad que Dios no debe al pecador de ello se sigue que no le debe mas que una eterna separacion y la sustraccion de su bondad, de su gracia y de su presencia: pero desde ahí su desgracia es tan inmensa como eterna.”<sup>1</sup>

“La mas larga vida humana, comparada á la eternidad, puede justamente ser llamada un instante; este razonamiento fibroso, diremos la palabra, este sofisma tan poco digno de un escritor de este orden, puede traducirse así: “en un instante de extravío y en medio del

<sup>1</sup> *Elevacion á Dios sobre los misterios*, VI semana. 14 elevacion, t. X, Paris, 1743.

atolondramiento de su vida actual, el hombre deja el camino recto; al cual no podrá jamas volver á entrar, sino que despues de volver de su letargo, se le forzará á reconocer su extravío.” O mejor dicho: “Una criatura débil, ignorante y expuesta á todas las incitaciones de la pasion, olvida momentáneamente á su Creador; á quien este, cuya ciencia es infinita, la fuerza soberana y la beneficencia inagotable, debe no solamente abandonar para siempre, sino infligirle eternos suplicios.”<sup>2</sup> He ha notado que Bossuet mezclaba á esta teoría espantosa las palabras de misericordia y bondad del Sér todopoderoso.

“Abrid, dice á su vez el abad de Genoude, los dos grandes libros del mundo, la naturaleza y la Biblia, y en ellos vereis la justicia divina escrita en todas partes con letras de sangre; y sin esto, los hombres jamas habrian creído en ella; habrian dicho aun lo que se oye hoy, en medio de un mundo surcado por el rayo: Dios no podria castigar con un suplicio eterno la ofensa de un momento; como si Dios no fuera infinito, como si hubiese algo en Dios que no fuese Dios, su poder como su justicia, su justicia como su amor.... ¿Qué importantes años, siglos de sufrimientos? Hay voluntades que desafiarán los suplicios temporales mas bien que abatirse. Dios será vencido por el hombre.... ¿El infierno solo, no está en proporcion con la eleccion monstruosa que encierra implícitamente el oido y el menosprecio de Dios? ¿No se debe Dios á sí mismo la obligacion de castigar eternamente una voluntad que permanecería eternamente su enemiga? Dios juzga al hom-

bre no segun la duracion de su falta, sino segun la disposicion de su corazon. Las penas son eternas porque el pecador tiene una voluntad eterna en el placer del pecado. Dios le habria dado millones de años, pero él no habria salido de su pecado; habria, dice San Agustin, deseado vivir eternamente en su crimen. . . . El hombre es tan grande que es necesario nada ménos que penas infinitas para castigar el mal uso que hizo de su libertad.”<sup>1</sup>

“Así, pues, para que los hombres creyesen en la justicia divina, era necesario que fuese escrita con letras de sangre! ¡El mal uso de la libertad humana demandaba penas eternas! ¡sea porque Dios es infinito ó sea porque el hombre es grande! ¡Hay voluntades que habrian desafiado los suplicios temporales mas bien que doblegarse, y Dios hubiera sido vencido! ¡Dios debe castigar eternamente al pecador cuya voluntad es eterna en el placer del pecado!

“Llevada á su última expresion, esta argumentacion no presenta mas que afirmaciones gratuitas é inteligibles. ¿Es comprensible, por ejemplo, que la voluntad humana, porque se separa momentáneamente del orden, pueda estar eternamente en el placer del pecado? Semejante teoría, no por ser tomada de San Agustin, tiene mas sentido, ni se presta ménos á una discusion seria.

“Llego á estos extraños razonamientos: Dios es infinito, luego la ofensa que se le hace, debe ser castigada con un suplicio eterno. El hombre es grande; luego es

<sup>1</sup> Nueva exposicion del dogma católico, cap. XII, París, 1842.

necesario penas infinitas para castigar el mal uso que ha hecho de su libertad. Hay voluntades que desafiarian los suplicios temporales, y entonces Dios quedaria vencido; debe, pues, ser castigada eternamente. ¡Pero quién ha pretendido jamas que el hombre llegaria á su fin, á la felicidad, mientras su voluntad rebelde rehusara someterse al orden? ¿No debe durar la pena mientras dure el extravío de la voluntad humana? ¿Cómo, pues, hay quien se atreva á decir que Dios seria vencido porque los suplicios tuvieran un fin? Pero una vez mas, estos suplicios no acaban sino despues de que la voluntad humana ha expiado sus faltas, despues de que ha cesado de desafiar á Dios, sirviéndonos un instante de la lengua de los teólogos; porque es necesario notar las expresiones que aparecen constantemente en sus discursos: *ofensa hecha á Dios, desafiar á Dios, Dios vencido por el hombre, odio ó menosprecio de Dios, Dios se debe á sí mismo la obligacion de castigar, voluntad enemiga de Dios.* Estas expresiones mismas y otras semejantes dicen bastante que ellos se representan á Dios como herido directa y personalmente por el pecador, como irritado contra él, y como vengan lo por medio de los suplicios que le inflige las ofensas que ha recibido de él. No ven que las faltas del hombre no pueden turbar la inalterable tranquilidad de la causa soberana, y que nuestras buenas acciones nada pueden añadir, á su felicidad infinita.

“La teología cristiana olvida siempre que Dios es perfectamente desinteresado, que castiga el pecado, para bien del pecador, que se propone por el castigo pu-